

PRÓLOGO

Durante el siglo XIX era relativamente frecuente que músicos españoles recibieran apodos aludiendo a otro personaje más famoso. Así, a Juan Crisóstomo Arriaga se le denominó, el “Mozart español” o “Mozart vasco”, a Tárrega se le conoció como el “Sarasate de la guitarra”, a Dámaso Zabalza como “el Chopin español” y a Felipe Gorriti se le apodó el “Brahms español”. Juan María Guelbenzu, músico polifacético que destacó como intérprete solista del órgano y el piano, recibió el seudónimo de “el Planté español”, haciendo referencia a un famosísimo pianista francés de su época, que fue uno de los primeros en realizar grabaciones discográficas. Desgraciadamente, no ocurrió lo mismo con Guelbenzu. Al no haberse difundido todavía en su tiempo las técnicas de grabación, solo los testimonios de sus contemporáneos nos pueden dar idea de la calidad de su interpretación. Como el lector podrá comprobar, la crítica de su época nos transmite la imagen de intérprete virtuoso capaz de afrontar con solvencia los diferentes estilos musicales, destacando especialmente su admirable agilidad, la limpieza y buen gusto en la ejecución, la pureza de sonido, amplitud de la frase y, en general, el interés mayor por la belleza que por la mecánica, aunque sin llegar al amaneramiento o a una “dulzura empalagosa”.

Guelbenzu es un ejemplo paradigmático de músico que recibe sus primeras lecciones de música de su padre organista (al igual que otros compositores navarros del s. XIX, como Felipe Gorriti), pero sus estudios en París le permitieron empaparse del estilo romántico vigente. Como era una práctica habitual entre los músicos, se dedicó a diferentes vertientes dentro de esta disciplina, y en todas ellas llegó a niveles máximos.

Empezando por su faceta como intérprete de piano, como ya hemos apuntado, la crítica le dedicó siempre las mayores alabanzas. Llegó a ser pianista en los conciertos de la corte, y tuvo el honor de interpretar un dueto junto con Franz Liszt, durante una visita de este a España. Pero también fue un destacado intérprete de órgano, llegando a ganar las plazas de segundo y primer organista nada menos que de la Real Capilla.

Fue también importante su labor como profesor de piano, ya que tuvo entre sus alumnos a la reina M^a Cristina y otros personajes de la familia real, además de importantes intérpretes como Pilar Fernández de la Mora.

Las reuniones semanales musicales que organizaba en su casa, además de reflejar el gusto romántico por este tipo de eventos más íntimos (pensemos en la schubertiadas), van a ser el precedente de los conciertos de la Sociedad de Cuartetos de Madrid, fundado por él mismo y por el violinista Jesús de Monasterio y que, a partir de 1863, impulsará la llegada de un repertorio clásico-romántico de música de cámara. A esta labor de difusión, se unen las fundaciones de la sociedad La España Musical, para promover la ópera española, y de la sociedad Orfeo Español.

También es muy destacable su trabajo como compositor. Hace ya varias décadas que se ha superado el tópico de que la música española sufrió un periodo de decadencia tras el s. XVI, que no remontó hasta la llegada de los compositores nacionalistas. El siglo XIX es testigo de cómo va llegando la influencia de romanticismo europeo a través de compositores que salen a formarse fuera de nuestras fronteras, especialmente en París, como es el caso de Pedro Albéniz, Santiago Masarnau, Marcial del Adalid, Eduardo Ocón o Teobaldo Power, nombres a los que se une Juan María Guelbenzu. Entre su producción de música para piano destacan sus romanzas sin palabras y otros géneros de breve formato (danzas, valsos, nocturnos, etc.), con un estilo cercano a Mendelssohn y otros compositores del pleno Romanticismo, sin olvidar piezas con influencia de elementos del folklore musical (*zortzicos*, habaneras, etc.).

El autor del presente libro, Jesús María Macaya Floristán, ha desarrollado una inquieta curiosidad por compositores navarros del s. XIX y, en muchos casos aprovechando efemérides, sobre las que me consta que está siempre muy atento, ha publicado monografías como las de Joaquín Larregla (2015, en el 150 aniversario de su nacimiento), Emilio Arrieta (2021, en el segundo centenario de su nacimiento), Joaquín Gaztambide (2022, segundo centenario) o el sangüesino Buenaventura Íñiguez, con el que le une un lazo de parentesco a través de su esposa. En todos ellos se centra principalmente en la recepción que tuvieron sus obras a través de documentación hemerográfica. Es también el caso de la presente monografía, para la que el autor ha consultado un importante número de periódicos y revistas –más de veinte aparecen en sus citas– tanto musicales como de información general. Además, ha visitado varios archivos como el del Palacio Real y el Municipal de Pamplona, o la Biblioteca Nacional. Con ello se ha propuesto escribir un libro de divulgación, que indudablemente será un buen punto de partida para posteriores investigaciones por ese importante cribado de documentación hemerográfica que aporta. Así mismo, es interesante la aportación de imágenes y

fotografías, tanto de los personajes como de lugares que tuvieron relación con Guelbenzu, lo que ayuda al lector a situarse en la época y contexto.

Que todo ello sirva para que se conozca y difunda la figura de este importante compositor y, sobre todo, para que se escuche más su música.

Berta Moreno Moreno